

Del púlpito al estrado: el peligro de la fe convertida en política

Por Jagalit 29 de octubre de 2025

Cuando la fe se convierte en bandera electoral, la democracia pierde su respiración natural. En su más reciente entrevista, Rafael López Aliaga vuelve a presentarse como el elegido de Dios, como el hombre que ha venido a redimir al Perú del pecado y de la corrupción. La retórica es seductora para quienes buscan certezas en medio del caos, pero peligrosa para cualquier república moderna. Porque la democracia no necesita profetas: necesita ciudadanos lúcidos.

El discurso de López Aliaga ha evolucionado hacia una forma de misticismo político. Antes se definía como instrumento de Dios; ahora se asume como mártir. Declara que Dios lo ha preparado para sufrir ataques, y que su misión es purificar el Estado. En ese tránsito del político al iluminado, se pierde la línea que separa el poder civil de la convicción religiosa. Quien habla desde el púlpito ya no propone: impone. Y ese es el inicio del autoritarismo teocrático, incluso cuando se disfraza de cruzada moral.

El problema no es la fe personal, sino su manipulación como arma electoral. Cuando la religión se usa para construir legitimidad política, se distorsiona su sentido espiritual y se empobrece el debate público. No hay espacio para la duda ni para la razón, solo para la obediencia. Los adversarios se convierten en herejes y el Estado en templo. En ese terreno fértil germina el fanatismo, que no es otra cosa que la renuncia a pensar.

López Aliaga busca apropiarse del hartazgo ciudadano, pero lo traduce en cruzada. Promete barrer con los corruptos y castigar con todo el peso del Estado, pero no explica cómo fortalecer las instituciones ni cómo evitar que su propio fervor derive en venganza. Se inspira en modelos como Bukele o Milei, pero carece del temple y la claridad estratégica que esos líderes con todos sus excesos sí demuestran. A RLA le queda solo la retórica encendida: gritos contra los maricas, invocaciones a la pureza moral y una visión reducida del país como campo de batalla espiritual.

En el fondo, el Perú no necesita redentores: necesita estadistas. El dolor nacional no se cura con letanías ni con exorcismos. Se cura con educación, con justicia, con ciencia, con condiciones dignas para sus ciudadanos y con instituciones que sobrevivan a los caudillos. Un país donde la palabra Dios sustituye a la palabra ley está condenado a repetir los errores de su pasado autoritario. Defender la democracia hoy significa resistir el impulso del mesianismo. Significa recordar que ningún político, por más fervor que exhiba, tiene el monopolio de la moral. Que el voto no es una confesión de fe, sino un acto de razón.

Rafael López Aliaga no es un outsider de la élite limeña: es su producto más refinado. Bajo el discurso del sacrificio y la austeridad cristiana, opera un cálculo de poder cuidadosamente envuelto en devoción. Su tránsito del mundo agustino al Opus Dei no fue un giro espiritual, fue un salto de clase. En el Perú, donde la religión católica convive con la jerarquía social, el Opus no es tanto una comunidad de fe como una estructura de prestigio. En ella, la pureza espiritual se traduce en poder económico, contactos y respeto simbólico. RLA comprendió pronto que, para mandar, no bastaba con rezar: había que codearse con quienes bendicen el dinero.

Su discurso contra los caviares es, por eso, una ironía trágica. Porque él mismo representa la versión conservadora y empresarial del mismo privilegio moral que dice combatir. Es un caviar de sotana: un hombre de fortuna que se disfraza de cruzado para moralizar a los pobres. Y lo más peligroso es que lo hace con convicción genuina, cree en su papel de redentor. Esa sinceridad lo convierte en un actor imprevisible: un tirano potencial convencido de que encarna la voluntad de Dios.

Si accede al poder con esa estructura mental, la república dejaría de ser un contrato entre ciudadanos para convertirse en un mandato de fe. Cualquier crítica sería interpretada como un ataque al plan divino; cualquier oposición, como traición espiritual. Y entonces, como ocurre con todos los líderes místicos, la línea entre el deber patriótico y la obediencia al caudillo desaparecería. En ese punto, su misticismo dejaría de ser una pose: se transformaría en la coartada moral para perpetuarse. No hay dictador más peligroso que aquel que se cree justo.

"El redentor de hoy es el tirano de mañana, cuando confunde la fe con el mandato."

"La democracia no es un dogma: es una conversación permanente."



Jagalit

Ginebra, 29 octubre 2025

Enlace a la entrevista original:

<https://www.youtube.com/watch?v=jAviyqjNtK0>